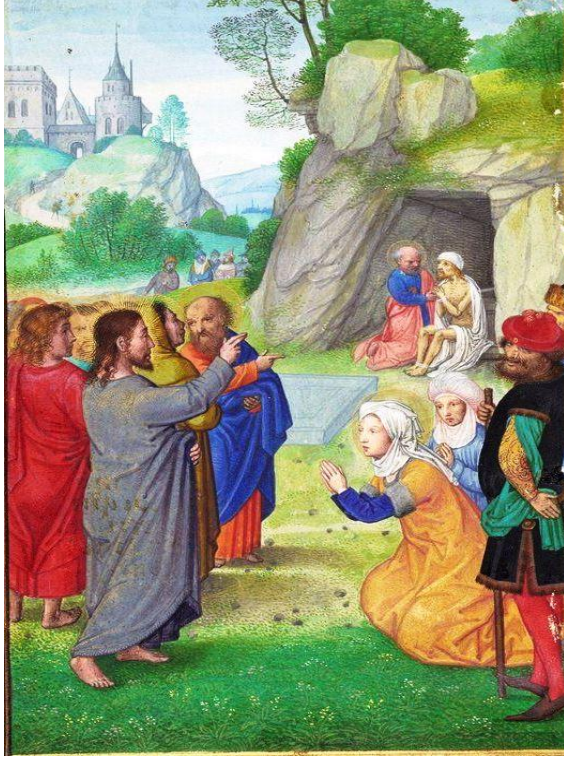


5º Dom. Cuaresma. Ciclo A Sal al mundo de los vivos



Ante la losa fría
y el llanto contenido,
resuena una palabra
que vence lo perdido:
sal de tu losa
al mundo de los vivos
y deja los sepulcros
donde estás hundido;
no eres un cuerpo de barro
lo que Dios ha querido,
sino un corazón vibrante
de gracia revestido.
Cuando la esperanza
se ha desvanecido,
cuando nos vemos
cansados y perdidos,
cuando nos encontramos
al borde del abismo,
una promesa de vida
nos devuelve el sentido
y un mensaje de aliento
nos rescata del olvido.
Entra, Señor,
hasta lo más profundo de mí mismo
y haz arder de nuevo
el fuego aún no extinguido
para acogerte en mi corazón
como Verdad, Vida y Camino.
“¿Crees esto?”,
me dices con cariño.
Y yo te contesto:
sí, Señor, en Ti todos vivimos.



Señor Jesús, te damos gracias
porque te acercas
a nuestras tristezas
y lloras con nosotros;
porque no eres indiferente
a nuestro dolor
y conoces el nombre
de cada una de nuestras heridas.
Gracias porque llamas
a nuestra puerta
cuando pensamos
que la vida se ha detenido,
y pronuncias palabras
que nos levantan: «Ven afuera»,
«Camina», «Yo estoy contigo».
Gracias porque eres
el Dios de la vida,
que nos rescatas de la muerte,
el que quita la piedra del miedo
y enciende caminos nuevos
incluso donde todo
parecía oscuro.
Danos un corazón
capaz de confiar,
deseoso de levantarse,
libre de vendas,
dispuesto a caminar
hacia la Pascua
que nos prometes.
[Libro de Cáritas]

- **ACOMPañAR EN EL DOLOR.** Jesús no llega corriendo a resolver el problema. Primero escucha, se deja afectar, se conmueve, llora... No es ajeno a nuestras realidades dolorosas, no está ausente en nuestros sufrimientos. Hoy vivimos en un mundo que huye del dolor. No sabemos qué decir ante alguien que sufre, ante quien ha perdido a un ser querido, ante quien tiene dificultades graves... Preferimos cambiar de tema o dar soluciones rápidas. Pero Jesús nos enseña otra cosa: a estar. A veces, lo más importante no es hablar... sino acompañar. ¿De qué formas puedo ser como Jesús presencia que escucha, sostiene y llama a la vida? Puedo acercarme a alguien que esté pasando un mal momento (enfermedad, duelo, soledad). No hace falta dar discursos: basta una visita, un mensaje, una presencia sincera... Y aprender a decir: “Estoy aquí contigo”.
 - **SEPULCROS Y VENDAS.** Jesús llama a Lázaro: “¡Sal fuera!”. Y éste sale, pero todavía atado, con vendas. También nosotros tenemos “sepulcros”: miedos, dudas, pecados, heridas, rutinas... que nos apagan por dentro. A veces estamos vivos por fuera, pero por dentro nos sentimos encerrados, moribundos, maniatados... Jesús no sólo quiere que vivamos, quiere que vivamos libres de ataduras. Lázaro sale, pero otros tienen que desatarlo. Esto nos recuerda que no salimos solos de nuestras oscuridades. Y también estamos llamados a ayudar a otros a liberarse. ¿Qué “sepulcro” hay hoy en mi vida (resentimiento, tristeza, adicción, pereza...) del que tengo que salir? ¿Qué pasos puedo dar para hacerlo? ¿Cómo ayudar a alguien a “quitarse vendas”: escuchar sin juzgar, animar, acompañar...?
 - **“¿CREES ESTO?”** Pregunta central para el cristiano: Jesús es la Resurrección y la Vida. No le pregunta si entiende, sino si cree. La fe no es tener todo claro. Es confiar incluso cuando no vemos salida. Fiarse de Jesús como sentido pleno de la vida, como garante de que la muerte no tiene la última palabra. ¿Qué significa para mí creer en la Resurrección? ¿Cómo afecta a mi vida concreta y a mi manera de enfocar la existencia? Todos tenemos momentos donde parece que algo “huele a muerto” en nuestra vida: una relación rota, una esperanza perdida, un proyecto que no salió. Ahí Jesús pregunta: ¿Confías en mí incluso ahora?
- Hoy Jesús nos dice: **SAL FUERA**, no te quedes en lo que te encierra. **DESATADLO**, ayúdaos unos a otros. **¿CREES ESTO?:** confía, yo soy la Resurrección y la Vida.

VUELVE LA VIDA EN TI. Reflejos de Luz
<https://youtu.be/TmUF2L8fIR0?si=oE3Et9nTa8YfuQ1z>

Señor, ten piedad de nosotros...

- Tú que nos invitas a salir de nuestros sepulcros.
- Tú que nos llamas a vivir nuestra fe en comunidad, juntos.
- Tú que nos ofreces la victoria sobre la muerte dándonos el sentido último.



Quítanos, Señor, las vendas...

- que nos impiden creer que tú eres la resurrección y la vida.
- que nos atan al miedo ante la muerte y la desesperanza.
- que nos impiden escuchar tu voz que nos llama a salir de nuestros sepulcros.
- del pecado, que nos mantienen paralizados y lejos de ti.
- del egoísmo, que nos impiden amar y servir a los demás.
- de la duda que debilitan nuestra fe en tu poder salvador.
- de la indiferencia que nos impiden conmovernos ante el dolor ajeno.
- que nos impiden vivir según tu Espíritu, fuente de vida verdadera.
- de la tristeza que nos hacen olvidar la esperanza de la vida nueva en ti.
- que nos impiden ser testigos de tu amor y de tu victoria sobre la muerte.

Lectura de la profecía de Ezequiel (37,12-14):

Así dice el Señor:

«Yo mismo abriré
vuestros sepulcros,
y os haré salir
de vuestros sepulcros,
pueblo mío,
y os traeré
a la tierra de Israel.
Y, cuando
abra vuestros sepulcros
y os saque
de vuestros sepulcros,
pueblo mío,
sabréis que soy el Señor.
Os infundiré mi espíritu,
y viviréis;
os colocaré en vuestra tierra
y sabréis que yo, el Señor,
lo digo y lo hago.»
Oráculo del Señor.

Salmo 129,1-2.3-4ab.4c-6.7-8

*R/. Del Señor viene
la misericordia,
la redención copiosa*

Desde lo hondo a ti grito,
Señor;
Señor, escucha mi voz,
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. R/.

Si llevas cuentas
de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. R/.

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela
la aurora.
Aguarde Israel al Señor,
como el centinela
la aurora. R/.

Porque del Señor viene
la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos. R/.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (8,8-11):

Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios.
Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu,
ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros.

El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo.

Pues bien, si Cristo está en vosotros,
el cuerpo está muerto por el pecado,

pero el espíritu vive por la justificación obtenida.

Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos
habita en vosotros,

el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús
vivificará también vuestros cuerpos mortales,
por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Lectura del santo evangelio según san Juan (11,3-7.17.20-27.33b-45):

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro mandaron recado a Jesús,
diciendo: «Señor, tu amigo está enfermo.»

Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no acabará en la muerte,
sino que servirá para la gloria de Dios,
para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

Cuando se enteró de que estaba enfermo,
se quedó todavía dos días en donde estaba.

Sólo entonces dice a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea.»

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado.

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro,
mientras María se quedaba en casa.

Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí
no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé
que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.»

Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará.»

Marta respondió:

«Sé que resucitará en la resurrección del último día.»

Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?»

Ella le contestó:

«Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.»

Jesús sollozó y, muy conmovido, preguntó:

«¿Dónde lo habéis enterrado?»

Le contestaron: «Señor, ven a verlo.»

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!»

Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?»

Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro.

Era una cavidad cubierta con una losa.

Dice Jesús: «Quitad la losa.»

Marta, la hermana del muerto, le dice:

«Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.»

Jesús le dice:

«¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»

Entonces quitaron la losa.

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo:

«Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.»

Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, ven afuera.»

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar.»

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.